

Ernest Gruening y su herencia. La Revolución Mexicana en el imaginario liberal norteamericano

YOLANDA PADILLA RANGEL.

Departamento de Historia/UAA

INTRODUCCIÓN

La Revolución Mexicana fue un acontecimiento histórico de amplias dimensiones que enfrentó grupos sociales pero que también, en el terreno de la historiografía, suscitó versiones encontradas, no solamente dentro de México sino también fuera de él. Durante la época carrancista, las diferentes posiciones se expresaron a través de una guerra de propaganda, que contraponía diferentes imágenes de la revolución en la prensa, tanto mexicana como norteamericana. Con el tiempo, las diferentes posiciones políticas necesitaron no sólo de imágenes, sino de visiones globales que dieran coherencia a las diferentes interpretaciones de la revolución y que ayudaran a explicar los nuevos hechos y procesos históricos. Así, para interpretar la Revolución Mexicana y darle un sentido, los historiadores tenían que reinterpretar toda la historia de México como nación. Por esto, algunos escritores acudieron a la historiografía y algunos periodistas se convirtieron en historiadores. Y por esto, en el terreno de la historiografía se suscitó, también, una guerra.

Ernest Gruening fue un periodista liberal norteamericano que simpatizó con la política obrera de los gobiernos revolucionarios mexicanos de los años veinte y, a raíz de que expresó esta simpatía, el presidente Calles le pidió auxilio en la tarea de ofrecer ante los Estados Unidos una visión de México como un país que se dirigía hacia la

modernidad y una imagen de su propio gobierno como el liderazgo esencial de ese proceso. Así, Gruening se vio involucrado, primero, en la escritura de artículos periodísticos que intentaban mejorar la imagen de México ante el público norteamericano y, después, en la elaboración de un libro de historia de México cuya misión, a fin de cuentas, era presentar una imagen favorable de la Revolución Mexicana en Estados Unidos.

Al escribir su libro, titulado *México y su herencia*, Gruening puso en juego no solamente su posición política (liberal) en la interpretación del movimiento armado, sino también su percepción de México y los mexicanos como el otro y, al hacer esto, enfrentó por lo menos dos problemas. El primero consistía en cómo narrar la historia entera de la nación, acomodando todo el pasado mexicano en una versión coherente, acorde con su posición política, que desembocara en un resultado positivo: la Revolución Mexicana. Esta versión debía ser políticamente utilizable. De aquí surgió su versión de la historia de México llena de claroscuros, en la que Gruening veía el pasado indígena prehispánico como luminoso, el papel de España en la conquista y la época colonial como oscuro, la Independencia de México como una época de claridad, el Porfiriato como negro y la Revolución como luminosa. El segundo problema era cómo interpretar al otro que, étnica y culturalmente, representaban México y los mexicanos. Este trabajo busca distinguir algunas de las opciones narrativas que hizo este autor, respecto a temas específicos de la historia de México, particularmente de la Revolución Mexicana y los mexicanos, así como desentrañar el porqué de esas opciones.

I. MIRADAS EXTERNAS DE LA REVOLUCIÓN: LOS IZQUIERDISTAS NORTEAMERICANOS EN MÉXICO

A principios de la década de los años veinte, predominó en Estados Unidos una visión negativa de la Revolución Mexicana, influida por el cine norteamericano que presentaba, con frecuencia, imágenes adversas a los mexicanos. Como lo explicaba en 1920 un editorial del *New York Times*: "Para el norteamericano promedio, el mexicano de hoy es un insurgente o un bandido o, en todo caso, un conspirador en

contra de su propio gobierno".¹ Se pensaba también, por ejemplo, que los mexicanos eran flojos, incapaces de controlar su temperamento, no dignos de confianza y sí muy violentos. Con esta imagen supuestamente se explicaba el desorden revolucionario en que vivía México. Ante esto, los gobiernos de Obregón y Calles trataron de difundir su propia imagen de México y su propia versión de la historia mexicana y la revolución.²

Al mismo tiempo, para algunos izquierdistas norteamericanos, México combinaba un atractivo exotismo tropical con efervescencia revolucionaria, lo cual lo convertía en un país sumamente atractivo, por lo que comenzaron a viajar a él.³ Las reformas agrícolas y laborales promovidas por los gobiernos de Obregón y Calles habían propiciado una imagen de México como un país radical entre los izquierdistas norteamericanos. Muchos de ellos consideraban que el proceso revolucionario mexicano comprendía algo más que cambios en la estructura social, política y económica, y creían que la revolución

¹ Citado en Helen Delpar, *The enormous vogue of things Mexican. Cultural relations between the United States and Mexico, 1920-1935*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa and London, USA, 1992, ver la introducción. Según Delpar, algunos de los norteamericanos que radicaban en México tenían una opinión más positiva de los mexicanos, como personas amables, corteses, serviciales y deseosas de paz y prosperidad.

² Durante el gobierno de Plutarco Elías Calles, la interpretación *oficial* (producida por el grupo en el poder) de la Revolución Mexicana comprendía solamente tres grandes episodios: el primero era la lucha maderista de 1910, el segundo era la reforma constitucionalista de 1917, y el tercero era el del régimen callista. Desde esta perspectiva, la Revolución había sufrido solamente dos reveses, el primero en 1913 con la usurpación del poder por parte de Victoriano Huerta; y el segundo en 1923, con la rebelión delahuertista. Calles mismo veía la historia de México simplemente como un periodo de aproximadamente cien años de guerra contra el opresor, siendo éste anteriormente el español y, ahora, el clero. La reacción, para Calles, siempre había estado escondida «detrás de la máscara de la religión» y era la responsable de toda turbulencia política en el país, desde el momento en que se opuso a la Constitución de 1917. Ver: Benjamin Thomas, *La revolución: Mexico's great revolution as a memory, myth and history*, University of Texas Press, Austin, Tx., USA, 2000, p. 77.

³ John Britton, *Revolution and ideology. Images of the mexican revolution in the United States*, The University Press of Kentucky, USA, 1992, p. 7.

implicaba también una transformación psicológica y estética que alteraría la conciencia y los valores tanto de las masas como de las élites.⁴

Por otra parte, entre los izquierdistas norteamericanos había un fuerte consenso respecto a la idea de que México debía ser apoyado en contra de los ataques de los políticos y hombres de negocios norteamericanos, quienes buscaban únicamente defender sus intereses económicos a toda costa, dado que sus propiedades en México estaban amenazadas por el intento de hacer retroactivo el artículo 27 constitucional. De forma que, cuando varios izquierdistas norteamericanos que asistieron a la toma de posesión de Plutarco Elías Calles como presidente de México tenían en mente un objetivo claro: conseguir de su país el reconocimiento político del gobierno encabezado por Calles.

Entre estos izquierdistas estaban los radicales, como Carleton Beals y Frank Tannenbaum, y algunos comunistas como Bertram Wolfe y, posteriormente, en los años treinta, Joseph Freeman y Elyer Simpson. Estaban también, por otra parte, los liberales, quienes compartían con los radicales la idea de un cambio social, pero no radical, sino moderado, difiriendo también de ellos por su fe en el Estado. Entre los liberales estatistas que visitaron México en los años veinte se encontraban John Dewey, Herbert Croly y el autor que aquí nos ocupa, Ernest Gruening. Todos ellos provenían del noreste urbano norteamericano.⁵

Los escritores izquierdistas, fueran liberales o radicales, combatieron las imágenes prejuiciosas que sobre México y su Revolución existían en los Estados Unidos. Por ejemplo, la ya mencionada y muy frecuente en la prensa norteamericana, de que revolucionario era sinónimo de bandidos y demagogia; o aquella otra, usual entre diplomáticos y empresarios, de que los mexicanos eran niños ingobernables o sucios limosneros que necesitaban inevitablemente la ayuda del gobierno norteamericano. De este tipo

⁴ Delpar, *op. cit.*, p. 24.

⁵ Britton, *op. cit.*, pp. 17-20.

de imágenes divulgadas por la prensa norteamericana, un gran responsable era el millonario William Randolph Hearst, quien era propietario de una importante cadena de periódicos, con base en las principales ciudades de los Estados Unidos.⁶ Hearst también tenía intereses en México, pues poseía grandes latifundios en el estado de Chihuahua, que sobrepasaban el millón de hectáreas.⁷

Los presidentes Álvaro Obregón y Plutarco Elías Calles no ignoraron a los izquierdistas norteamericanos que querían sentirse en medio de una revolución, sino que sacaron provecho de la situación invitando a algunos de ellos a participar como sus propagandistas en los Estados Unidos. Obregón y Calles trataron de causar entonces una impresión favorable entre los izquierdistas norteamericanos esperando que ellos, a su vez, se convirtieran en propagandistas de su causa y promotores de una imagen positiva de México en los Estados Unidos.

2. ERNEST GRUENING: HERENCIA LIBERAL AL SERVICIO DE CALLES

Hijo de un médico de origen judío, Ernest Gruening nació en la ciudad de Nueva York en 1887. Gruening comenzó a estudiar la carrera de Medicina en la Universidad de Harvard, dado que ése era el deseo de su padre, pero no terminó sus estudios porque decidió emprender una carrera como periodista. En uno de sus primeros empleos trabajó para la cadena Hearst. Gruening escribió en su autobiografía, tiempo después, que trabajando en esos periódicos había experimentado el poder de la prensa en la opinión pública.⁸ Después participó en la fundación de un periódico hispano llamado *La Prensa*, a través del cual

⁶ *Ibid.*, p. 25.

⁷ Eugenia Meyer, *Ernest Gruening. Experiencias y comentarios sobre el México postrevolucionario*, (entrevista), Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1970, p. 11.

⁸ Ernest Gruening, *Many battles, the autobiography of Ernest Gruening*, New York, 1968. En esta autobiografía Gruening ofreció una imagen de sí mismo como la de un impecable liberal, con trayectoria siempre ascendente en el ámbito de la política y sin mácula alguna. Allí afirmó haber combatido, desde sus primeros años como periodista, el racismo y el antisemitismo, y haber apoyado todas las causas liberales y progresistas, a través de un periodismo independiente y crítico. Ver: p. 36 y ss.

se familiarizó con los asuntos latinoamericanos y el cual dejó para convertirse en editor en jefe de la revista semanal *The Nation*. Desde allí comenzó a tener un contacto más directo con México.

Cuando -casi al final de su vida- Ernest Gruening habló y escribió sobre su relación con México,⁹ comenzó su relato tomando como punto de partida la necesidad que tenía el gobierno de Obregón de ser reconocido por el norteamericano, entonces encabezado por el presidente Harding. "La falta de reconocimiento político del gobierno mexicano por parte del norteamericano representaba para Gruening un obstáculo en la recuperación del país y el riesgo para la supervivencia del gobierno revolucionario".¹⁰ La falta de reconocimiento le parecía también una invitación abierta para que las fuerzas hostiles a la revolución, tanto dentro como fuera del país, buscaran boicotear al gobierno revolucionario. Por esto, desde *The Nation*, nuestro autor trató de combatir la imagen de México que divulgaban los periódicos de Hearst (como un país infestado de rojos y bandidos) y propiciar así el reconocimiento del gobierno mexicano. En sus propias palabras:

Nosotros en *The Nation* simpatizábamos mucho con su posición (la de Obregón) y estábamos en absoluto desacuerdo con la posición tomada por nuestro Departamento de Estado. Ésa es la razón que me llevó a escribir un buen número de vigorosos artículos editoriales insistiendo en que se reconociera a Obregón.¹¹

Los primeros artículos de Gruening sobre México se publicaron durante el verano de 1922 y, según él, no tuvieron ninguna implicación práctica, aunque es probable que, a partir de tales artículos, haya sido contactado por el gobierno mexicano. Un poco después de la publicación de estos artículos, Ernest decidió escribir un libro completo sobre la historia de México: "[...] se me ocurrió proporcionar al público una información más amplia de lo que estaba ocurriendo en México. Nada se había publicado en Estados Unidos, nada con autoridad sobre la revolución".¹² Enseguida consiguió financiamiento de *The Nation*, así

⁹ Me refiero a su autobiografía y a la entrevista que le hizo Eugenia Meyer.

¹⁰ *Ibid.*, p. 14.

¹¹ *Ibid.*, p. 12.

¹² *Ibidem*.

como de otra revista, *Collier's Weekly*, que dirigía un ex compañero suyo de Harvard y para mediados de diciembre de 1922, Gruening ya se había embarcado junto con su familia en Nueva York con dirección a México. Después de llegar a Veracruz, salió inmediatamente rumbo a la ciudad de México. En el tren tuvo sus primeras impresiones directas sobre lo que era el país, comenzando por las imágenes de las indígenas descalzas que, con coloridos vestidos, vendían tamales, frutas y flores.

Otra de sus primeras impresiones fue la que le causó el presidente Obregón, a quien conoció en cuanto llegó a la ciudad de México y a quien consideró, de entrada, como un hombre democrático y popular. Llama la atención la rapidez y cordialidad con que Ernst fue recibido, dando la impresión de que había sido invitado a México por el presidente mismo. Gruening nunca aclaró en su autobiografía si esto sucedió, sólo consignó que ambos se habían comunicado por carta previamente.

En esta primera visita a México, Gruening registró en sus escritos algunas otras impresiones sobre el ambiente mexicano, por ejemplo, la diversidad de colores, olores y sonidos del paisaje urbano, la "luminosidad" del Valle de México y otras. Pero, sobre todo, le impresionaron los contrastes del paisaje social, por ejemplo, el hecho de que en la ciudad de México convivieran hombres y mujeres modernos y ricos con indígenas de camisa y calzón de manta, huaraches y rebozo. Lo que más le impresionó fueron los indígenas. Uno de sus primeros encuentros con personajes clave de la ciudad de México fue con Diego Rivera, quien le dijo que "la única civilización que realmente valía la pena, era la indígena".¹³ Y Gruening, al parecer, le dio la razón. Desde el principio, según escribió, tuvo la impresión de que en la historia de México la herencia indígena era muy fuerte, a pesar de que se había pretendido su eliminación.

Sin embargo, no fueron indígenas a quienes el escritor comenzó a entrevistar para elaborar sus artículos, sino a otro tipo de personas. Habló con funcionarios de gobierno, empresarios, periodistas, artistas, líderes obreros y agraristas, residentes norteamericanos, y,

¹³ Gruening, *Many Battles*, pp. 110 y 111.

eventualmente, con vendedores de los mercados. Al mismo tiempo que avanzaba en la elaboración de sus artículos, Ernest hizo amistad con un grupo de izquierdistas y bohemios norteamericanos, entre los que estaban William Spratling y Carleton Beals, así como con un abogado de nombre Jerome Hess y el empresario Frank McLaughlin. Con los miembros del servicio diplomático no tuvo mucha relación, pues consideró que sus funcionarios, como "ojos y oídos" del Departamento de Estado Norteamericano, eran bastante "defectuosos".¹⁴

Como ya mencioné, al terminar sus artículos periodísticos, Gruening decidió escribir un libro global sobre la historia de México. Comenzó a escribir en 1924 con la intención de que, a través de él, otros vieran la Revolución tal y como él la veía, y al México que a él le había impresionado. "De regreso en Nueva York, yo quería que otros vieran a México como yo lo había visto. Decidí escribir un libro -el libro, yo esperaba describir las raíces de la Revolución desde su profundo pasado, sus logros presentes y sus prospectos para el futuro".¹⁵

Ernest comenzó a elaborar su libro en Nueva York pero, según expresó luego, pronto se dio cuenta de que los pocos meses que había pasado en México no eran suficientes para comprender al país y para escribir el libro que él quería escribir. Éste fue su pretexto para regresar a México, aunque tal vez existían otros motivos de fondo. Quizá entre ellos estaba el de no desvincularse de la política mexicana y seguir participando en el movimiento de defensa y organización de los trabajadores a nivel internacional. Hay que recordar que era un activista liberal y su ideología tenía un fuerte rasgo socialista.

En el mes de julio de 1924, Gruening recibió un ataque personal a través del diario *Chicago Tribune*, en el que se le acusaba de participar en un grupo que intentaba "bolchevizar" a México y al continente americano en conjunto, y del cual -se decía- Roberto Haberman era el principal líder. Ernest, de inmediato, entabló una demanda judicial contra el periódico que lo había acusado, argumentando que todo era

¹⁴ *Ibid.*, p. 112.

¹⁵ Gruening, E. *Many battles*, pp. 118 y 119.

falso. Posiblemente el *Chicago Tribune* no pudo fundamentar debidamente sus acusaciones, porque Gruening ganó el juicio, recibió 15 mil dólares y la satisfacción de que el periódico se retractara públicamente.

La redacción del libro se le empalmó al escritor con un nuevo empleo como director de prensa de la campaña política del senador Robert La Follete, quien quería participar como candidato presidencial en las siguientes elecciones, a través del Partido Progresista. El principal apoyo de este partido era el de los trabajadores organizados a través de la American Federation of Labour (AFL). La prensa norteamericana, en general, era adversa a La Follette, con excepción de los periódicos liberales con los cuales tenía buenas relaciones. La campaña terminó sin éxito en el otoño de 1924 (el candidato alcanzó sólo cinco millones de votos, la mayoría en Wisconsin, estado del que provenía), pero le dejó a Gruening, como saldo, una estrecha amistad política con el senador La Follete y con todo el grupo que se aglomeraba a su alrededor. Casi al término de la campaña de La Follete, Calles -ya electo como presidente de México- pasó por Washington, de regreso de su viaje por Alemania. Ernest lo fue a saludar y fue entonces cuando Calles lo invitó a asistir a su toma de posesión como presidente, invitación que aceptó gustoso. Durante su estancia en México, Calles lo atendió como un invitado muy especial. No queda claro si Calles pagó sus cuentas, aunque esto es muy probable.¹⁶ Tampoco queda claro si el autor recibió del presidente de México "grandes sumas" a cambio de sus servicios propagandísticos, como posteriormente se le acusó. Lo que sí está claro es que Gruening vivió por largos periodos de tiempo en México durante casi todo el período del gobierno de Calles.

A su regreso de un viaje por Europa, estando en Nueva York, Ernest enfrentó el escándalo que suscitó la publicación -en la cadena de

¹⁶ Según John Britton, los presidentes Obregón y Calles utilizaban «técnicas de hospitalidad» para conseguir el favor de los izquierdistas norteamericanos, particularmente de los periodistas con influencia en la opinión pública de los Estados Unidos. Estas técnicas consistían en invitarlos al país, mostrarles lo positivo del régimen y ser buenos anfitriones en cuanto a hospedaje y alimentación se refería. Britton, *op. cit.*, capítulo IV.

periódicos Hearst- de unos documentos que lo acusaban a él y a cuatro senadores norteamericanos de recibir dinero de parte del gobierno mexicano, el cual supuestamente buscaba a través del escritor y los senadores, obtener el reconocimiento político del gobierno norteamericano. El periodista entabló una demanda judicial por difamación en contra de Hearst. El mismo embajador de Estados Unidos en México, Sheffield, había acusado poco antes a Gruening de actuar como intermediario pagado entre el gobierno de Calles y el senador norteamericano La Follette. Supuestamente, Ernest había enviado a México una carta del senador en la que éste prometía -en caso de llegar a la presidencia- prevenir una ruptura entre los Estados Unidos y México. Sheffield afirmaba que tal carta estaba en su posesión. De inmediato La Follette se había defendido argumentando que la carta era falsa, pero Sheffield había insistido en que el senador había estado en comunicación con el gobierno mexicano.¹⁷

Ante tales acusaciones, el Senado norteamericano estableció un comité especial para investigar la veracidad de los documentos en posesión de Sheffield, en particular la carta que autorizaba pagos por 1.2 millones de dólares a cuatro senadores norteamericanos: La Follette de Wisconsin, William H. Borah de Idaho, George Norris de Nebraska y Thomas Heflin de Alabama. El Comité del Senado comenzó a escuchar testimonios desde el 7 de enero de 1928 y, para el día 11 ya tenía una resolución. Según el Comité, los documentos eran falsos y no podía comprobarse que senador alguno hubiese aceptado ofrecimientos o recibido dinero del gobierno mexicano. Por otra parte, a través de estas audiencias se supo que la organización Hearst había recibido los documentos de manos de uno de sus periodistas, John Page, quien, a su vez, los había recibido de Miguel Ávila, un mexicano-americano que había sido empleado del servicio secreto de la presidencia mexicana.¹⁸

No hay evidencia clara de que Gruening¹⁹ haya recibido secretamente algún pago por parte del gobierno mexicano. Sin

¹⁷ *Ibid.*, p. 51.

¹⁸ *Ibidem.*

¹⁹ Hay que notar aquí que Carleton Beals y Frank Tannenbaum también fueron objeto de rumores sobre sus servicios pagados por el gobierno mexicano.

embargo, puede observarse que existía una creencia generalizada en la eficacia de los esfuerzos propagandísticos en Estados Unidos, así como ambigüedad en la falsedad o no de los documentos que lo acusaban. No sabemos con exactitud si se trató efectivamente de un fraude o de una maniobra política para salvar el prestigio de los senadores y periodistas involucrados.

En medio de todo este ajetreo y contando con la gran ayuda de Anita Brenner, Gruening terminó su libro *Mexico and its heritage*, el cual fue publicado en 1928, y enseguida el autor se desligó de México. El libro fue bien recibido en Estados Unidos y en los círculos liberales de México. Por ejemplo, el historiador H. I. Priestley dijo que era el "estudio más importante y comprensivo de México que se haya ofrecido al público de habla inglesa durante muchos años". Carleton Beals dijo que el autor había discutido en forma sobresaliente el tema del Estado y la política local, teniendo como resultado "una terrible denuncia de las prácticas políticas del Estado Mexicano: un retrato sórdido de la corrupción, imposición, injusticia brutal y arrogancia militar". Beals elogió también las secciones que tenían que ver con la Iglesia Católica, mientras que Tannenbaum, por el contrario, dijo que esas secciones revelaban un prejuicio anticatólico. En México, Carlos Pereyra acusó a Ernest de ignorancia y distorsión intencional. En 1929, Dwight Morrow escribió a Gruening elogiando el libro.²⁰

3. LA HERENCIA DE MÉXICO: TARAS POLÍTICAS EN BUSCA DE PERFECCIÓN DEMOCRÁTICA

Una de las ideas centrales del libro es que México es producto de su herencia. Si recordamos que Gruening estudió medicina y casi se tituló como médico, esta idea parece haber estado influida por una concepción proveniente de la Biología, quizá por la teoría evolucionista entonces tan en boga. En el siguiente fragmento, se explican las razones por las cuales eligió el título de su libro, *México and its heritage*:

²⁰ Delpar, *The enormous*, pp. 59, 63.

Me costó mucho trabajo encontrar un título, pero se me ocurrió que había cosas en la historia de México que volvían a surgir una y otra vez: cuartelazos, perpetuación en el poder y todas esas cosas. Así es que pensé que su herencia era algo que verdaderamente obsesionaba a México. Una imagen de algo continuo desde tiempos pasados y creo que eso es cierto y siento que se han heredado muchos de los malos hábitos políticos desde épocas muy tempranas: la perpetuación personal en el poder, por ejemplo, que se continuó hasta que Calles vino a ponerle un alto.²¹

De esta cita, cabe observar dos cosas. En primer lugar, la herencia a la que parece referirse no es, étnicamente hablando, la herencia indígena, aunque en su libro también expone esta idea como una de las centrales. En el libro el autor enfatiza la idea de la herencia política: vicios procedentes desde la época colonial, entre los cuales destaca el deseo de los gobernantes de perpetuarse en el poder. Al comparar la historia norteamericana con la mexicana, por ejemplo, afirma que las colonias británicas se caracterizaron por su vocación de autogobierno, a través de corporaciones de individuos libres y cultos, mientras que las españolas tuvieron una fe ciega en sus gobiernos, corruptos, entre otros vicios. Ésta era la herencia trágica que los españoles habían dejado a los mexicanos: gobernantes ineptos y corruptos. En segundo lugar, esta idea evolucionista de la historia de México parece tener el final feliz en el cual el presidente Calles puso fin a todos esos vicios. Esto, más que de la historia de México, nos habla de su admiración por Calles, que era patente y que nunca tuvo empacho en expresar. Él mismo lo dijo una vez: "Tengo una gran admiración por este hombre. Creo que la historia le reserva un lugar muy elevado. No sólo es mi opinión personal, sino que los hechos así lo demuestran. Terminó con los cuartelazos y las reelecciones presidenciales."²² En opinión de Gruening, todos los políticos mexicanos de los años veinte eran corruptos y buscaban perpetuarse en el poder, todos menos Calles. No cabe duda que lo admiraba.

Además, en el título del libro parecía estar presente, por un lado, una visión teleológica de la historia humana (la perfección biológica,

²¹ Meyer, *op. cit.*, p. 23.

²² *Ibid.*, pp. 28 y 29.

en el terreno social, podría traducirse como la perfección democrática), a la vez que la ciencia como una forma superior del conocimiento. Otra idea importante del libro es la de la continuidad liberal. Ernest se sentía asombrado porque observaba esta idea en la mentalidad de los liberales mexicanos del siglo XIX y posteriormente en la de los revolucionarios del XX. Pero no sólo le asombró la idea, sino que él mismo, siendo liberal, participó de esa visión de la historia de México, reproduciéndola en su libro.

En este sentido, para el escritor, la Revolución Mexicana significaba una continuidad de las luchas liberales y era, además, algo auténticamente mexicano: "La revolución mexicana, dijo, es tan auténtica como el maguey o cualquier otra planta típica."²³ Lo dijo como queriendo combatir el argumento fantasmal de los años veinte, que afirmaba que en ese movimiento armado había estado muy presente la mano de los bolcheviques rusos. Desde la perspectiva de la continuidad liberal en la historia de México, para Gruening la Iglesia Católica mexicana era medieval, las persecuciones contra ella eran lícitas y las respectivas posiciones anticlericales de Obregón y Calles eran correctas, pues habían entendido que la Iglesia sólo quería mezclarse en política y dominar la situación. "No habían aprendido nada de la Reforma [...] yo creo que la Iglesia estaba metiéndose demasiado en política, estaba en contra de los postulados de la Revolución, en contra de la emancipación del trabajador". Con estas actitudes, la Iglesia era la que había provocado la revuelta cristera, considerada por Ernest como "un asunto sorprendentemente sangriento en el que mucha gente inocente perdió la vida".²⁴

4. MÉXICO: UNA HISTORIA LIBERAL EN BLANCO Y NEGRO

La interacción entre México y los escritores norteamericanos en los años veinte y principios de los treinta no fue inocua ni pasiva. México y los mexicanos afectaron a los escritores y viceversa. Quizá en estos

²³ *Ibid.*, p. 38.

²⁴ *Ibid.*, pp. 26 y 27.

años sucedió en la historia oficial lo mismo que en el arte y en el turismo. Según Helen Delpar, a partir de los años veinte, varios artistas mexicanos dependían cada vez más de ser reconocidos en el extranjero, para poder ser reconocidos en casa. Carleton Beals y Stuart Chase observaron, en su momento, que el mercado del arte mexicano en Estados Unidos estaba distorsionando o trivializando la producción de pintores y artesanos dado que, ahora, éstos buscaban cubrir las expectativas de los vendedores de arte y de los turistas norteamericanos.²⁵ Lo mismo sucedió quizá en la escritura de la historia de México, que tenía fuerte contenido político y que era promovida por el gobierno mexicano: México y toda su historia fueron adaptados a las expectativas de los liberales norteamericanos, para dar una imagen aceptable del gobierno mexicano revolucionario en su país.

Luego de 1920, México fue visto más positivamente que antes por los escritores y viajeros norteamericanos, y tal vez menos etnocéntricamente. Según Delpar, los izquierdistas liberales -entre los cuales estaba Ernest Gruening- crearon una imagen de la revolución mexicana como un movimiento justificado y benéfico, aunque necesariamente violento, que merecía el apoyo norteamericano. Al mismo tiempo, presentaron una imagen positiva del pueblo de México (en singular): a pesar de su pobreza e ignorancia, «el indio» aparecía, ahora, como un individuo que vivía una vida libre de las ansiedades modernas, incluso con una innata sensibilidad estética.²⁶ Esta imagen sustituyó la antigua, del *greaser*, que había sido muy popular en los Estados Unidos, así como la del revolucionario como bandido.

Sin embargo, como dice Delpar, las percepciones de un individuo dependen no sólo de la realidad material observada, sino también de sus expectativas, imaginación, entrenamiento y receptividad, de forma que una impresión de viajero o la visión de un historiador, nos hablan tal vez más del sujeto que observa (del ojo que ve, de la mano que escribe), que del objeto observado, en este caso, la historia de México.

La versión de Gruening sobre la historia de México es de corte

²⁵ Delpar, *op. cit.*, p. 197.

²⁶ *Ibid.*, pp. 198-200

liberal. En este sentido, en la obra pueden encontrarse algunos rasgos de la historiografía mexicana decimonónica, pero trasladados ahora a la visión de un acontecimiento nuevo: la Revolución Mexicana. Esto puede observarse claramente en su visión de la iglesia católica. Por ejemplo, en la historiografía mexicana del siglo XIX, según Mauricio Tenorio Tenorio, muchas veces no tuvo cabida lo religioso, a pesar de que fue un "actor principal"²⁷. Así también, enfocó por lo general la conformación del Estado nacional. Ernest escribió a fines de la tercera década del siglo XX y su objeto de estudio fue más que otra cosa la conformación del estado mexicano. En otras obras historiográficas sobre México y América Latina, la atención se ha puesto también, generalmente, en el surgimiento y conformación de los Estados, enfocando poco los movimientos e instituciones sociales que les resistieron o cuestionaron su proyecto liberal y modernizador. Desde esta perspectiva, Gruening enfocó a la iglesia católica como una institución opuesta al proyecto liberal. En esta versión, la iglesia y, en particular, su clero, resultó ser una de las principales responsables no sólo del atraso del país, sino de todos sus vicios y defectos.

Alvaro Matute²⁸ afirma que durante el siglo XIX, en la historiografía de México, sólo existieron historias generales que hablaban de la iglesia católica bajo dos puntos de vista. Las liberales, enfatizando los aspectos negativos de la iglesia en la época colonial y en lo que iba del siglo XIX, particularmente la acumulación de riqueza y la corrupción del clero, aspectos que justificaban los aspectos anticlericales de la política liberal y facilitaban la expropiación de sus propiedades: eran ataques a la iglesia. Por otro lado, las historias eclesiásticas y conservadoras que enfatizaban y exaltaban los procesos de conquista y colonización y, posteriormente, remarcaban los así llamados "ultrajes" a la iglesia, como la expulsión de los jesuitas o las leyes anticlericales: eran defensas de la institución. El texto, como puede verse, se ubica claramente en la versión liberal. Su obra historiográfica está atravesada

²⁷ Mauricio Tenorio-Trillo, *Argucias de la historia: siglo XIX, cultura y América Latina*, Paidós, México- Buenos Aires- Barcelona, 1999, pp. 17 y 71.

²⁸ Ver la introducción en Alvaro Matute, Evelia Trejo y Brian Connaughton (coords.), *Estado, Iglesia y Sociedad en México, siglo XIX*, UNAM- Porrúa, México, 1995.

por las críticas a la iglesia, siendo las principales las que se refieren a su gran riqueza y corrupción. Algunas obras de historiografía contemporánea han matizado la crítica a la riqueza. Por ejemplo, el historiador Timothy Henderson²⁹ afirma que su riqueza estaba al servicio del "pueblo", a través de hospitales, orfanatos y otras instituciones, y que su poder era legítimo pues contaba con las bases populares, ya que los católicos no eran una élite como los liberales.

Sin embargo, la historiografía no ha encontrado aún la contraparte de la corrupción eclesial. Lo que podemos afirmar aquí es que el autor potencializó, como historiador norteamericano, las críticas que él mismo, Calles y otros liberales en el poder hacían a la iglesia católica, particularmente las referentes a la riqueza y corrupción de su clero.

Las opciones narrativas del autor van construyendo una historia de México con una estructura de contrastes en la que se alternan periodos de luz con periodos de oscuridad, siendo los de luz, aquellos que se refieren a los liberales. Además, el sentido de su relato es una historia lineal del ascenso liberal que tiene como culmen la Revolución Mexicana. Veamos.

Primer acto: época colonial sombría, llena de españoles y católicos corruptos

Continuando con su idea de la herencia española, Gruening afirmó en su libro que los primeros españoles que llegaron a América eran hombres codiciosos y explotadores (a diferencia de los británicos). El padre español del mestizo mexicano le había dejado en la sangre, tan sólo avaricia y corrupción. Ernest escribió que los primeros españoles que llegaron a América no habían sido otra cosa que un puñado de hombres codiciosos, buscadores de oro, con sueños de caballería, saqueadores y explotadores que habían esclavizado y casi exterminado a los indígenas.³⁰

²⁹ Timothy Henderson, «Church and State: 1821-1910», en Werner, Michael S., *Encyclopedia of Mexico: history, society and culture*, Fitzroy Dearborn Publishers, Chicago-London, 1997, pp. 253-257.

³⁰ Ernest Gruening, *Mexico and its Heritage*, Greenwood Press Publishers, New York, 1968, p. 15.

Aunque había existido una legislación que buscaba proteger a los indígenas, muchas veces ésta no se había cumplido. Además, el escritor sostenía que las leyes habían supuesto una permanente inferioridad e incapacidad de los indígenas y todo el edificio social de la época colonial descansaba sobre este supuesto. Por otro lado, los indígenas no habían podido evolucionar porque la educación había estado controlada por la Iglesia. Así, el saldo histórico de la época colonial podía resumirse en las siguientes características: absolutismo, explotación, desigualdad y degradación social, corrupción, ignorancia, fanatismo y odio interétnico.³¹ Creía que la época colonial de México era similar a la época feudal europea. También suponía que, en la evolución de los pueblos, luego del feudalismo se presentaba el capitalismo y después el socialismo. Entonces, para llegar a éste último, se hacía necesaria una crítica al "orden feudal" que se había expresado en México en la época colonial, y la crítica giraba en torno a la "servidumbre feudal" de los indígenas y al papel cómplice de la iglesia católica en ella. Según el autor, la mayor parte de los primeros misioneros había participado activamente de la explotación de los indígenas (aunque reconocía que habían existido excepciones) y, durante el siglo XVI, el clero en México había tenido características negativas: avaricia, riqueza acumulada, lujos, vicios, privilegios, explotación de indígenas, malos tratos, suntuosidad, arrogancia y depravación.

Segundo acto: un luminoso siglo liberal

Ante el sombrío panorama de la época colonial, Gruening narró el movimiento de independencia con una visión un tanto romántica. Para él, Miguel Hidalgo no fue un líder militar ni un agitador, sino un apóstol, un mártir. Tenía "naturaleza amable y fervor de cruzado".³² Ernest no fue muy explícito ni analítico en las razones de la independencia de México, aunque sí observó que el resentimiento criollo había

³¹ *Ibid.*, pp. 25-27.

³² *Ibid.*, p. 31.

desempeñado un papel muy importante. Presentó algunas imágenes un tanto idealizadas, por ejemplo, la típica del "grito" de Dolores, donde Hidalgo resultaba ser un líder impecable. En marcado contraste con la imagen de Hidalgo como apóstol, Iturbide había sido una persona ambiciosa, con limitada educación, que había iniciado la carrera militar a los quince años y que tenía una historia de robos y fraudes.

Para el escritor, el movimiento de la independencia tenía un significado básicamente político. Representaba el triunfo de los criollos sobre los españoles, pero sin ningún beneficio para los mestizos y los indígenas, puesto que los criollos habían conservado la dominación económica y social. No había cambiado, por ejemplo, la propiedad de la tierra, ni las condiciones de servidumbre, ni los privilegios de los militares y el clero. En este contexto, el autor se preguntaba cuál había sido el papel de la iglesia católica en el movimiento de la independencia. Y respondía que la independencia había sido obra del bajo clero, del clero culto. Y que el clero se había dividido, en parte por las posesiones terrenales, pero también a raíz de la lucha independentista. Con la revuelta de Hidalgo se había expresado la influencia que el bajo clero tenía en la insurrección, así como la del clero conservador en el uso del púlpito para infundir un ánimo contrario a la independencia; y el del confesionario, para descubrir conspiraciones. También se había manifestado la posición hispanista de la jerarquía católica, al excomulgar a Hidalgo y otros líderes independentistas. Y eso que, ironizaba Gruening, por entonces algunos miembros de la jerarquía se habían considerado a sí mismos "ángeles de la paz".³³

Una de las críticas favoritas del escritor contra la iglesia católica del siglo XIX, era su riqueza. Para fundamentarla, citaba, por ejemplo, al diplomático británico H. G. Ward, quien se había mostrado impresionado por las exorbitantes cuotas que cobraba la iglesia para realizar matrimonios, bautismos, misas y otras ceremonias católicas, lo cual desmoralizaba a la población indígena. Otras críticas favoritas de Gruening a la iglesia era la servidumbre en los conventos, las muchas propiedades del clero y el lujo desplegado en los rituales religiosos.

³³ *Ibid.*, pp. 164-186.

Pero quizá su preferida, era la crítica a la inmoralidad del clero. Según él, ésta llegaba al grado de la aberración. Todas estas críticas justificaban el capítulo de la Reforma en la historia de México.

Para justificar las leyes promulgadas por Juárez, Ernest presentaba, además, el argumento de que la jerarquía católica solía intervenir en política, apoyando con dinero a los políticos que prometían defender a la Iglesia, por lo que fomentaba revueltas y trifulcas civiles en interés de los privilegios eclesiásticos. Por eso, cuando los liberales habían apelado a la ayuda económica de la iglesia, ésta les había sido negada. Así, resultaba para Gruening que "no fue antinatural que el gobierno acudiera hacia su (antigua) asociada, la iglesia, como en la época colonial, primero pidiendo, luego tomando".³⁴ La negativa del clero a colaborar con los liberales era la causa que justificaba la política de nacionalización de los bienes eclesiásticos. En este contexto estaba también la lucha liberal por la tolerancia religiosa, a la que la iglesia se había opuesto.

Según el autor, para los liberales cualquier esperanza de evolución había sido frustrada por Santa Anna. Pero luego había llegado Juárez y, con él, el primer esfuerzo serio para instaurar un gobierno democrático y constitucional. Con él se habían abolido los fueros eclesiásticos y los cementerios se habían puesto bajo el control civil, entre otras cosas. "La Ley Iglesias fue una reacción a la creciente perversión del púlpito, del confesionario y a la entera maquinaria de la iglesia con fines políticos". Fue entonces cuando había comenzado una guerra de baja intensidad entre el clero y los liberales: el papa Pío IX había condenado la nueva legislación y los sacerdotes habían usado los sacramentos como arma, negándoselos a todo funcionario que jurara lealtad a la Constitución.³⁵

Tercer acto: la Revolución y la Iglesia: puros bandidos

Para el escritor, la Revolución Mexicana había sido producto de la acción

³⁴ *Ibid.*, p. 198.

³⁵ *Ibid.*, pp. 202 y 203.

de algunos líderes, entre los que destacaban Madero, Obregón y Calles (de Zapata y Villa casi no habla y a Carranza sólo le hace críticas). En esta versión, la Revolución había sido, por tanto, una obra minoritaria.³⁶ En la guerra entre constitucionalistas y zapatistas, el bandidaje se había extendido, confundiendo al bandido de "oficio" -por decir así-, con el revolucionario que se comportaba como bandido y con el campesino pobre que robaba para no morir de hambre. Todo esto había dejado al país devastado, al pueblo en andrajos, enfermo, desesperado y moribundo. Carranza sólo había reprimido a los trabajadores y su gobierno había estado plagado de hombres despiadados y corruptos que se habían aprovechado de la situación, mientras que las masas habían sufrido hambre.³⁷ El régimen del presidente Venustiano no había sido derrocado, sino que se había suicidado, y el grupo de Sonora había llegado para defender los principios revolucionarios ante los carrancistas corruptos.

Por otra parte, a los ojos de Gruening, la iglesia católica había sido la única responsable del conflicto religioso por haber participado en política y por haber sido cómplice en la explotación de trabajadores y campesinos. Reseñaba Ernest que en 1876 el clero había apoyado con dinero a Porfirio Díaz,³⁸ por lo que, durante el Porfiriato, la iglesia había podido reactivarse haciéndose indispensable en el mantenimiento del sistema feudal. "En las haciendas, los sacerdotes, menos siervos de Dios que del propietario, predicaban mansedumbre y sumisión a las víctimas de la brutalidad de los capataces, consolaban a los indígenas sangrantes diciéndoles que su felicidad estaba en el otro mundo."³⁹ La revolución se había alzado contra todo esto y también contra la concentración de la propiedad de la tierra. Pero como la jerarquía católica siempre se había opuesto a las políticas revolucionarias, esto explicaba el anticlericalismo radical de los

³⁶ La época de Madero se ve aquí como el inicio luminoso del México revolucionario. Los siete años que pasaron entre la caída de Madero hasta la llegada de Obregón al poder fueron, para Gruening, años de ceguera y errores, prevaleciendo en ellos el desorden y el anarquismo. *Ibid.*, p. 96.

³⁷ *Ibid.*, p. 106.

³⁸ *Ibid.*, p. 209.

³⁹ *Ibid.*, p. 211.

gobiernos mexicanos revolucionarios en diferentes momentos. Por ejemplo, el error de la iglesia católica en la época revolucionaria había sido, según el autor, haberle prestado dinero a Victoriano Huerta. Esto había desplegado el anticlericalismo de los constitucionalistas, expresado crudamente en 1914. Esto explicaba también la reglamentación posterior (con Calles) de los artículos anticlericales de la Constitución, que pretendía "sacar a la Iglesia de la política, a destruir su influencia social y confinarla, tanto como lo permitiera la legislación, al campo de la religión". Aunque, Ernest reconoció que los revolucionarios habían ido más lejos de su propósito explícito, llegando a poner a la iglesia bajo el dominio del Estado⁴⁰. El escritor justificó también el anticlericalismo revolucionario por la posición adversa que la jerarquía católica tuvo hacia la reforma agraria. Para fundamentar esto, el autor retomó fragmentos de entrevistas que él mismo realizó con algunos obispos de estados del centro de México. El obispo de Aguascalientes, por ejemplo, había respondido ampliamente las preguntas de Gruening, explicándole la manera precisa en que él había intervenido cuando los agraristas habían pedido las tierras de la hacienda de Santa Rosa, controlando así el reparto agrario. Con este testimonio directo de un obispo, Ernest fundamentó sus críticas a la intervención del clero en la política agraria del Estado mexicano. Como también, a través de sus entrevistas a los obispos, documentó la posición de estos personajes contra la educación laica y la organización de los trabajadores. El clero no sólo había inspirado el movimiento armado de los cristeros, sino que también había participado directamente en el asalto al tren de Guadalajara el 20 de abril de 1927, lo cual había justificado la expulsión del país de varios obispos y arzobispos. Luego, el autor consignaba otros argumentos en contra del clero. Al hacer esto, parecía sólo hacer eco de las razones que el gobierno de Calles daba para combatir a los cristeros. Sin embargo, su valoración global del conflicto, era diferente, como puede verse a continuación.

Para Gruening, la legislación anticlerical, aunque justificada, era

⁴⁰ *Ibid.*, pp. 214 y 215.

opresora y discriminatoria, por lo que el clero estaba en lo correcto al protestar contra ella. Por ejemplo, consideraba discriminatorio que el clero no pudiera votar o ser votado. También consideraba exagerado el poder de las legislaturas locales para determinar el número de sacerdotes dentro de un estado, porque se estaba convirtiendo en un poder para "mutilar o aún destruir". Comparando con la libertad religiosa en Estados Unidos, le resultaba intolerable la prohibición de que las iglesias pudieran administrar escuelas y tener propiedades. Los norteamericanos, escribió, no tolerarían tales restricciones, aunque tampoco tolerarían a un clero como el mexicano. Al final del balance, sólo por esto último, por la baja calidad del clero, el anticlericalismo resultaba justificable. Afirmaba el autor: "La represión que ahora se da sobre la iglesia, a pesar de lo injusta que parezca, puede considerarse -y de hecho así es- como fruto del pasado de la iglesia mexicana y de su desempeño actual".⁴¹ En su valoración final, también depositaba en el gobierno algo de responsabilidad por el conflicto, ya que consideraba que los políticos también eran corruptos.

La culpa que los anticlericales depositan en la iglesia es exagerada. El clero está lejos de ser, como ellos dicen, la única influencia retardataria y nociva de la vida mexicana, aún y cuando todo lo que se les achaca en su contra resultara ser cierto. Los revolucionarios enfatizan la explotación de los pobres por los sacerdotes. Que primero ellos limpien su propia casa y saquen de allí a sus generales y políticos malversadores de fondos. Donde, en años recientes, los sacerdotes han cosechado centavos, los políticos han robado pesos, con frecuencia entre miles y decenas de miles [...] Hay un castigo rápido y extremo para los sacerdotes delincuentes. No hay ninguno para los políticos delincuentes. Además, mientras que los revolucionarios proclaman la santidad de la Constitución contra los asaltos clericales sobre ella, ellos mismos practican y disimulan violaciones a esa carta magna.⁴²

Al final de cuentas, el autor consideraba que los sacerdotes no eran necesarios. Pensaba que a la mayoría de los mexicanos les tenía sin cuidado que el sacerdote llegara a faltar porque, según él, mientras

⁴¹ *Ibid.*, p. 281.

⁴² *Ibid.*, p. 283.

que pudieran ir al templo y venerar algún ídolo, así fuera en la forma de un santo, estarían contentos.⁴³

5. MÉXICO, PAÍS DE CATÓLICOS IGNORANTES

El noventa y nueve por ciento de los mexicanos se consideraba católico, pero para Gruening lo eran sólo de nombre, superficialmente. Según él, la conversión religiosa de los aztecas había sido fácil porque había sido lograda por la fuerza de las armas y por las fuertes analogías que existían entre la religión católica y la azteca. Su argumento parece ser que la conversión, por el hecho de haber sido masiva, era falsa. Además, como el catolicismo de los españoles tenía aspectos muy abstractos que los indígenas eran incapaces de captar, la mayoría de ellos se había quedado sólo con los aspectos formales del catolicismo, de manera que lo que habían hecho fue revestir sus antiguas prácticas y creencias con las nuevas, pero quedándose con las antiguas. Así, los aztecas sólo habían "catolizado" a sus deidades o, dicho de otra manera, habían "indigenizado" a los santos católicos.

Para facilitar la construcción de templos así como para simbolizar el hecho de que la religión de Cristo estaba erecta sobre la ruina de la idolatría, según Ernest, los misioneros habían usado las piedras de los templos antiguos como base para los nuevos. Había sucedido lo mismo, pero al contrario, con la indigenización de los santos católicos. No sólo la virgen y los santos habían sido indigenizados, sino Cristo mismo también, lo cual explicaba el origen de las imágenes de Cristos negros en Veracruz, Tabasco y otros estados.⁴⁴ Y con los santos había pasado algo similar, puesto que los indígenas preferían las imágenes de santos morenas y mal acabadas, en vez de las blancas e impecables, veneradas por sus patrones.

Hay sólo un mérito que reconoce a los misioneros católicos de la Nueva España: haber terminado con los sacrificios humanos. "Cada vida así salvada, dice, debe acreditarse en la historia de la implantación

⁴³ *Ibid.*, p. 285.

⁴⁴ *Ibid.*, p. 238.

de la cruz en el Nuevo Mundo". Sin embargo, la persistencia de otros ritos paganos y formas de idolatría en el culto, las fiestas y las danzas daban a la religión de los mexicanos su rasgo particular de idólatra. Especialmente una práctica indígena que impresionó mucho al autor: la veneración de antiguos ídolos bajo la cubierta de altares católicos. En este punto, le impresionó lo que un viejo indígena le comentó a un visitante de Chalma, Morelos: "[...] el verdadero santo está enterrado bajo el altar, el que cuelga allí en la cruz es un peregrino".⁴⁵

Si en la religión mexicana persistían todas estas prácticas de idolatría y otros resabios de paganismo, el escritor concluía que la acción de la iglesia católica en la historia de México había sido un rotundo fracaso, puesto que sólo había alimentado viejas formas de ignorancia y superstición. En el siglo XVI, la misión de la iglesia había sido implantar la religión, pero no lo había logrado. Sólo había enseñado a los indígenas a persignarse y a repetir un puñado de rezos, así como los aspectos más formales o superficiales del catolicismo. Para reforzar esta crítica, citaba a Francisco Pimentel, "El indígena mexicano todavía es idólatra. Lejos de conocer un Dios único y espiritual, no hay para él un Dios sin cabeza, brazos y piernas; para él todos los santos católicos son igualmente fuertes y poderosos excepto el que se venera en su pueblo o aquél que, de alguna manera, ha ganado su simpatía".⁴⁶ Así, Gruening subrayaba lo que considera como un fracaso de la iglesia católica, aunque coloréandolo ahora de observaciones étnicas y juicios morales, como se verá a continuación.

Durante el siglo XIX, la religión mexicana tuvo expresiones que, para el escritor, resultaban incomprensibles y absurdas y, de las cuales, la iglesia católica también era responsable. Lo que hoy llamaríamos expresiones de un catolicismo popular, para Ernest eran formas de superstición, ignorancia, "costumbres terribles" y falta de educación moral de la población católica. Más que una práctica popular, esto era signo de la inmoralidad del clero mexicano, el cual había transmitido su propia inmoralidad al pueblo. La misma aberración le provocaban

⁴⁵ *Ibid.*, p. 240.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 245.

los milagros falsos, las imágenes que lloraban o sudaban sangre, los crucifijos que abrían los ojos y apariciones consideradas milagrosas que en su momento conseguían la atención popular. Gruening acusaba constantemente al clero de engañar a la gente, al consentir todas estas cosas.

Como ya se mencionó, una crítica favorita del autor era la del libertinaje clerical. Citando testimonios, casi todos de extranjeros, documentaba esta crítica, reseñando casos de incumplimiento del celibato, corrupción sexual y sollicitación, delitos todos en los que la alta jerarquía, cuando se daba cuenta, tendía a proteger al clero antes que a los laicos afectados. Reseñaba así que muchos sacerdotes del siglo XIX habían llevado vida conyugal y tenido varios hijos ilegítimos (desde este punto de vista, consideraba como "sincera" la legislación de Tabasco que, en 1925, disponía que los sacerdotes debían casarse). Otros tantos sacerdotes del siglo XIX habían sido alcohólicos o adquirido enfermedades venéreas. Aunque reconocía que algunos obispos mexicanos habían llevado vidas ejemplares, hacía notar que otros habían destacado sólo por sus "inclinaciones amorosas". Todo esto, lo afirmaba basado en documentos eclesiales que los revolucionarios habían confiscado durante la revolución.⁴⁷

Gruening observaba que el anticlericalismo revolucionario había sido y era un fenómeno básicamente masculino. A él le parecía paradójico que las esposas de los generales más anticlericales fueran muy religiosas y que ellos mismos se casaran por la iglesia. Álvaro Obregón, por ejemplo, se había casado por la iglesia en 1916, a los pocos días de haber expulsado a un gran número de sacerdotes de la ciudad de México.⁴⁸

En síntesis, la religión mexicana representaba una mezcla de catolicismo y ritos paganos, puesto que la conversión masiva había sido superficial. Una gran parte de la religión practicada por los

⁴⁷ Los documentos estaban catalogados como "Recopilación de Datos y Procesos Eclesiásticos por Delitos Carnales", habían pertenecido al Arzobispado de Guadalajara y consignaban 45 casos de delitos sexuales entre sacerdotes, sin especificar en qué periodo de tiempo, aunque al parecer todos eran del siglo XIX. *Ibid.*, pp. 265-271. [El dato sobre los documentos está en la p. 271].

⁴⁸ *Ibid.*, p. 273.

mexicanos expresaba ignorancia y superstición y, según él, la culpa de todo este retraso de México era de la iglesia católica porque, habiendo podido elevar moral y materialmente al pueblo, no lo había hecho. Sin embargo, al poner tanta responsabilidad en el clero, Gruening de alguna manera le reconocía importancia social e histórica. Si uno observa la secuencia narrativa del libro puede ver que, desde el principio, su argumento apunta a justificar históricamente las medidas gubernamentales en contra del clero.

Es importante subrayar aquí que el autor no evadió el asunto de la iglesia católica y su papel en la Revolución Mexicana, cosa que otros de sus contemporáneos sí hicieron. Tannenbaum, por ejemplo, «hizo oídos sordos al anticlericalismo revolucionario», aunque compartió con Ernest su admiración por Obregón y Calles.⁴⁹

6. MÉXICO, EL PAÍS DE LA TIERRA ENSANGRENTADA

Por otra parte, podríamos decir, parafraseando a Francis Kelly,⁵⁰ que para Gruening México era el país de la tierra ensangrentada. No eran los altares -que ocultaban ídolos- los que se encontraban cubiertos de sangre, sino la tierra de México. La ferocidad de la antigua religión y la gravedad del problema agrario explicaban la crisis de México. “Una religión feroz [la azteca] [...] buscaba satisfacer a la necia tierra y al necio sol con sacrificios de vecinos y empapar la tierra con sangre, para que se subordinara más a aquellos que la clamaban como suya”.⁵¹

La secuencia narrativa del historiador lo llevó a considerar la lucha por la tierra como uno de los factores más importantes de la guerra de Independencia, y posteriormente de la Revolución. Porque, según el autor, primero los encomenderos y luego los hacendados, habían

⁴⁹ Tal fue el caso de Frank Tannenbaum, como lo señala Alan Knight en *Frank Tannenbaum y la revolución mexicana*, traducción de María Vinós, en www.ejournal.unam.mx/historia_moderna/ehm19/EHM01902.pdf, p. 33.

⁵⁰ Francis Kelley, *Blood drenched altars. Mexican Study and Comment*, with documentation and notes by Eber Cole Byam, The Bruce Publishing Company, Milwaukee, USA, 1935.

⁵¹ *Ibid.*, p. 111.

usurpado las tierras indígenas, de forma que los desheredados habían conformado las huestes de Hidalgo. "Por las masas que integraron las fuerzas de la revolución de 1810, fue ésta una revolución agrícola". Pero como los intereses de los propietarios de la tierra, entre los cuales estaban los eclesiásticos, habían sido muy poderosos, la Revolución, en su vertiente agraria, había fracasado. Además, los peones se habían encontrado después en peores condiciones, gracias al endeudamiento permanente a que se habían visto sometido por los hacendados.⁵² La motivación agraria fue encontrada en todas las guerras importantes de México. Así, la guerra de castas en Yucatán había sido una revuelta agraria, al igual que la guerra de Reforma.

Gruening consideró el problema de la tierra como un asunto central en la Revolución Mexicana. Comprobó con datos que la posesión de la tierra había estado concentrada en vísperas de la revolución, y presentó una visión de la hacienda como propia de un sistema feudal.⁵³ En su opinión, los intentos de reforma agraria anteriores a la del presidente Calles habían quedado trancos, mientras que las medidas agrarias callistas se presentaban ahora como el momento culminante de la reforma agraria. Y si acaso había limitaciones, éstas tenían su explicación, quedando fuera de la responsabilidad del presidente.

Primero, el carácter violento de la reforma agraria lo justificaba diciendo que la violencia, e incluso el robo, eran algo necesario para todo cambio revolucionario. Segundo, si los revolucionarios mexicanos habían tardado en responder a la demanda de la tierra para los campesinos y si el ejido estaba fracasando, todo era debido a los errores de los gobiernos previos al del presidente Calles, el problema principal era la debilidad política heredada. Recuérdese que ésta era la herencia de México, la que había inspirado el título del libro. "Para comprender porqué el progreso era dolorosamente lento, y apenas comienza a ser visible, uno debe examinar las manifestaciones de la lucha interna tanto entre las fuerzas confesamente opuestas y contra el mayor enemigo con cabeza de hidra: la debilidad heredada de México."⁵⁴

⁵² *Ibid.*, pp. 119-120.

⁵³ *Ibid.*, pp. 132-140.

⁵⁴ *Ibidem.*

Gruening consideraba desastrosa la corrupción en el reparto agrario. Por razón de la inmoralidad y la corrupción, la reforma agraria había resultado un desastre porque se había convertido en una forma oficial de robar y daba la idea en el extranjero de que la propiedad privada en México era insegura.

El paternalismo de la reforma agraria le parecía sensato al autor. Escribió: "¿Qué podría ser más sensato para un pueblo con una mayoría mentalmente aún en su infancia y con responsabilidades adultas?" El paternalismo agrarista, pensaba, sería sólo provisional, pues a la larga el campesino lograría su autonomía, sólo se estaban sentando las bases para una ciudadanía adulta en México. De aquí surgiría, con el tiempo, una democracia *sui generis*, es decir, "[...] no precisamente como las democracias imperfectas del mundo, sino una crecientemente conformada y adaptada a las necesidades del pueblo mexicano. Será un proceso largo, largo, pero ningún comienzo hubiera sido posible sin algo aproximado a la oportunidad económica equitativa".⁵⁵

Con este argumento de corte evolucionista, el escritor cerraba su defensa del agrarismo mexicano. Un agrarismo que formaba parte de la evolución mexicana, que iba del atavismo étnico y la mentalidad infantil a la ciudadanía democrática. La reforma agraria permitirá a los parias o desposeídos comenzar a ser ciudadanos. El pueblo mexicano podía tener en ese momento una mentalidad infantil, pero con el proteccionismo estatal avanzaría hacia el progreso. En el imaginario liberal y evolucionista del pensador liberal, el mexicano estaría avanzando de la niñez a las responsabilidades adultas, de la servidumbre feudal a la democracia moderna. Pero, ¿quién era el mexicano?

7. MEXICO: TIERRA DE INDIOS EXALTADOS PERO MARGINADOS

El escritor consideraba a México como una tierra indígena. Clasificaba en tres colores a la población mexicana: blanca, roja y mixta. En el momento de la independencia, señalaba, un quinto de la población era blanco, el resto, rojo o mixto. Según Gruening, los blancos estaban

⁵⁵ *Ibid.*, p. 166.

desapareciendo y el proceso de mestizaje se había acentuado pero, a pesar de que sus datos indicaban que los mestizos aumentaban,⁵⁶ él concluía que México se estaba indigenizando. Ernest compartía con otros izquierdistas norteamericanos esa "propensión por ver indios en todas partes",⁵⁷ exagerando así el número de indios y el peso cultural del indigenismo.⁵⁸

En contra de su afán objetivista, olvidaba de repente sus datos y prefería aventurar opiniones personales, basadas en sus observaciones de viaje: "Es mi *opinión*, [subrayado del autor], basado en observaciones de varias partes de México durante un periodo de muchos años, que el porcentaje de blancos puros es mucho menor que el generalmente estimado». Calculaba que no pasaban de medio millón y se localizaban básicamente en el norte de México, mientras que el centro y el sur estaban habitados densamente por indígenas.⁵⁹ La cultura indígena, para él, todo lo impregnaba y estaba dotada de características «innatas, duraderas y eternas".⁶⁰

Ernest describió etnográficamente al indígena mexicano, influido por la importancia que la antropología cultural norteamericana estaba

⁵⁶ Sus datos están en la p. 69 y están citados del libro de Híjar y Haro, *La colonización rural en México*, p. 142.

Población en México, 1805 y 1910, en porcentajes		
	1805	1910
Blancos	18	7.5
Mestizos	38	53
Indígenas	44	39

⁵⁷ La frase es de Alan Knight, en *Frank Tannenbaum y la Revolución Mexicana*, *op. cit.*, pp. 35 y 41.

⁵⁸ Al igual que Tannenbaum y otros escritores de la época, Gruening daba una importancia fundamental al análisis de la raza y la etnicidad, las cuales son entremezcladas "y confundidas sin remedio", *idem*.

⁵⁹ Ernest Gruening, *op. cit.*, p. 70.

⁶⁰ Ver Alan Knight, *op. cit.*, p. 36.

adquiriendo, en la persona de su fundador Franz Boas. Gruening vio un México azteca. Describió detalladamente, por ejemplo, lo que comían "los mexicanos", así como algunos utensilios de cocina, haciendo notar las raíces lingüísticas de muchas palabras de origen náhuatl; describió también su manera de vestir y otros aspectos de su estilo de vida. A pesar de que su interés parecía gravitar sobre lo político, el autor mostró sensibilidad para la observación etnográfica. Desde este interés, sugirió que la historia de México debía ser reescrita sobre una base etnológica para demostrar que consideraciones raciales subyacían en todas las dificultades mexicanas. Él pensó que estudios como el de Manuel Gamio, *La población del Valle de Teotihuacán*, publicado en 1922, debían preceder cualquier intento de solución de los problemas raciales fundamentales de México. Era tal la diversidad étnica y cultural de los indígenas mexicanos que no podría existir, en su opinión, una síntesis de nación hasta que se atacara el problema racial, o sea, la integración del indígena.⁶¹ Afirmaba que el pasado indígena estaba completamente vivo y decía: "[...] uno no necesita la evidencia tangible de un cuchillo de obsidiana o de ídolos domésticos, tal como yo he recogido allá donde los dejaron antiguos teotihuacanos, para estar impresionados con la insignificancia del tiempo transcurrido en México".⁶²

Ante la pregunta de qué o quién es el indígena mexicano, el autor ensayó una respuesta personal, partiendo de lo que considera cualidades del indígena (en singular): señaló que el denominador común del indígena era su amabilidad, paciencia y perseverancia, como el hombre blanco, pero con menos iniciativa y dinamismo. El indígena, afirma, es "por naturaleza" artesano y posee habilidades mecánicas; es creativo, adaptable y, en el trabajo, tiene sentido del ritmo; el indígena puede ser conservador y "su misticismo abre reinos a los cuales el blanco no entra"; el dinero no significa nada para él.⁶³

⁶¹ Gruening, *op. cit.*, p. 77. La afirmación sobre Gamio está en la p. 86 y la de la síntesis nacional en la p. 87.

⁶² *Ibid.*, pp. 78 y 80.

⁶³ *Ibid.*, pp. 84 y 85

Gruening parece haber discriminado al mestizo, a pesar de que era el sujeto del momento en lo que al liderazgo revolucionario se refería, para observar y exaltar al indígena. Al mestizo lo consideraba como un nuevo tipo racial, pero aún en proceso de formación, y lo llamaba *half breed*. El mestizo representaba una dualidad y una lucha entre dos culturas, un proceso semejante al de la historia de México. "Dualidad y choque de naturaleza rivales explica mucho de lo que es inexplicable en la historia de México".⁶⁴

8. GRUENING Y OTRAS MIRADAS EXTERNAS

Al escritor le impresionó el estilo de vida indígena y lo idealizó, así como a su pasado, antes de que se "contaminara" con la influencia española (precisamente la negación del mestizo obedecía quizá a su herencia española, que conllevaba la herencia católica). Consideraba que la esencia de México estaba en el indio puro, en el original, en el no contaminado, similar al del México antiguo. Por eso rescataba las expresiones culturales indígenas que él consideraba auténticas. Y si el indígena actual seguía igual de primitivo, pobre y retrasado que en la época prehispánica, la culpa, repetía, era del clero.

En la idea del indio como niño, coincidió con el escritor Bruno Traven, quien en 1931 escribió: "La iglesia desea que la niñez indígena se conserve en su inocencia y su ignorancia".⁶⁵ Y también coincidió con Graham Green, quien a mediados de los años treinta escribió: "es cierto lo que escriben de los mexicanos sus admiradores, que siempre están alegres, sean cuales sean las circunstancias; pero hay algo horriblemente inmaduro en esa jovialidad; no hay ningún sentido de responsabilidad humana; es una mera variación de la violencia de los pistoletazos".⁶⁶ Sin embargo, en otra parte, Green elevaba a los

⁶⁴ *Ibid.*, p. 87.

⁶⁵ Jorge Ruffinelli, *El otro México. México en la obra de B. Traven, D.H. Lawrence y Malcolm Lowry*, Nueva Imagen, México, 1978, p. 56. La frase es de su novela *La Carreta*, escrita en 1931. Allí también escribió: "La Iglesia ejerce una nefasta influencia sobre el proletariado [...] ofreciéndoles ceras y cohetes de los que bien podrían prescindir [...]", p. 57.

⁶⁶ Graham Green, *Caminos sin ley*, Buenos Aires, Criterio, 1954.

mexicanos a la categoría de adolescentes: "[...] esta puerilidad, esta inmadurez es lo que más pone nervioso en México. Los adultos [...] ya pasaron de la infancia y permanecen para siempre en una cruel y anárquica adolescencia".⁶⁷

Como ya se mencionó, Gruening vio a México como otros intelectuales y artistas del momento también lo vieron, como tierra de indios, y exaltó al indígena de acuerdo con la moda antropológica que tuvo su representante en México en la persona de Manuel Gamio.⁶⁸ Este antropólogo fue uno de los pocos que fueron conocidos por los intelectuales extranjeros que visitaban México durante la Revolución. Había estudiado Arqueología y Antropología, primero en el Museo Nacional de México y, posteriormente, entre 1909 y 1911, en la Universidad de Columbia, en Nueva York, bajo la dirección de Franz Boas. Fue el primer mexicano que se graduó como doctor en Antropología en Estados Unidos y, entre 1917 y 1920, había fungido como director de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas, lo cual le había dado prestigio internacional. En 1922, Gamio escribió su libro *La población del Valle de Teotihuacán*, que influyó sobre Gruening.

Ernest compartió con otros escritores la idea de que la identidad indígena era la que prevalecía en México, que ésta era producto de la historia mexicana, pero que había que salvarla y ayudarla a "integrarse" a la sociedad nacional. También compartió la idea del indigenismo moderno de que la cultura autóctona era "la natural y espontánea" elaborada durante millares de años, bajo la influencia del mismo ambiente geográfico en que florecía (pero incapaz de satisfacer las exigencias de la vida humana contemporánea).⁶⁹ Por eso, le

⁶⁷ *Ibid.*, p. 88

⁶⁸ La reflexión indigenista "moderna" que se realizó en México entre los años 1920 y 1970 se caracterizó precisamente por redescubrir las culturas indígenas, tras la tormenta del liberalismo político, tanto en la evolución política de México como en el pensamiento de los escasos estudiosos del indio. Manuel Marzal, *Historia de la antropología indigenista: México y Perú*, México, Anthropos, Universidad Autónoma Metropolitana, 1993, p. 377.

⁶⁹ *Ibid.*, p. 390.

preocupaba encontrar indígenas autóctonos, puros, no mestizos contaminados. El indigenismo moderno mexicano concebía al indígena como base de la nación, pero lo concebía siguiendo a la buena tradición liberal, como un individuo aislado y a veces también como un niño con el que el Estado debía ser paternal.⁷⁰ Esto fue sumamente criticado por el indigenismo posterior, pero no por Gruening, quien en ese momento compartió ampliamente los postulados de lo que hoy se ha llamado el indigenismo moderno.

Pero, en la época en que escribió, hubo también un indigenismo menos exaltado, de corte más utópico, como el del escritor inglés D. H. Lawrence. Este literato vino a México tres veces entre 1923 y 1924, rechazando la Inglaterra del momento (según decía, por su belicosidad, industrialismo y puritanismo), pero rechazado también por ella, y por eso había buscado un hogar que pudiera acogerlo a él y a su utopía, y pensó haberlo encontrado en México, donde escribió *La serpiente emplumada*, inspirado por la religión azteca.⁷¹ El suyo fue un indigenismo utópico, que trataba de encontrar en los valores indígenas un sustituto del cristianismo pero, a fin de cuentas, también "racialista".⁷²

A diferencia de Ernest, quien exaltó al indígena y pensó que tenía una explicación científica para todo México y su historia, Lawrence fue más humilde y pudo reconocer su perplejidad y sus prejuicios. Por ejemplo cuando escribió: "Se trata de un país extraño. Los antropólogos pueden decir todas las lindezas que quieran de los mitos, pero venid aquí y veréis que los dioses muerden [...] reconozco que me siento perplejo".⁷³ También se reconoció incapaz de explicar al indio exaltado, cuando dijo: "Tienen que bajar del pedestal al indio [...] y podremos entender la conciencia del indio sólo en términos de la muerte de nuestra conciencia".⁷⁴

⁷⁰ *Ibid.*, p. 340.

⁷¹ Rufinelli, *op. cit.*, p. 72.

⁷² Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros. Reflexión sobre la diversidad humana*, Siglo XXI, México, 1991, p. 115. Todorov distingue entre racismo y racialismo. Racismo se refiere a un comportamiento y racialismo a las doctrinas raciales.

⁷³ D. H. Lawrence, *Viva y muera México*, México, Editorial Diógenes, 1970, p. 23.

⁷⁴ D. H. Lawrence, *Mornings in Mexico*, London, Martin Stecker, 1927, pp. 102 y 103.

Así también, al dar tanta importancia al estilo de vida de los aztecas, su comida, su forma de vestir, sus costumbres, su lengua, Gruening parecía ver a México como un país exótico.⁷⁵ Y aunque este tipo de exotismo prevaleció en los grandes viajes de descubrimiento del siglo XVI, con resabios entre los viajeros del XIX y tal vez del XX, el defecto de visión radica en que el exótico no ve al otro, sino a sus propios valores, a su propia utopía, como le ocurría tal vez a Lawrence. O tal vez el escritor pretendió usar a México, para reafirmar su propio proyecto y sus tesis ideológicas. Así, el México que veía era aquel que podía servir como ejemplo de organización obrera y de reformas sociales impulsadas por el Estado, en beneficio de los campesinos y los trabajadores, avanzando así el proyecto democrático. Un poco como le pasó al francés Artaud en el siglo XIX quien, según Todorov, ignoró a los mexicanos, pues había venido a buscar solamente elementos para comprobar sus propias tesis, convirtiéndose así en un alegorista que usa el país que visita con un fin ideológico,⁷⁶ sin elevar al otro a la categoría de sujeto.

Así como el afán exótico lo hizo buscar al indio auténtico y primitivo, su afán de objetividad hizo a Gruening clasificarlo como primitivo e ignorante, lleno de costumbres terribles y superstición. Recordemos que los objetivistas solían reducir a la persona al estatuto de cosa y, en este caso, México y los mexicanos parecen haber sido reducidos al estereotipo de un indio inmutable e inasible. Ernest casi nunca interactuó con los indios, según sus escritos, sino más bien con los políticos, y sin embargo, habló de los indios como si supiera todo de ellos y, en la práctica, parece no haberlos elevado al *status* de sujetos. Gruening nunca hizo un esfuerzo de empatía y el tono que utilizó, al

⁷⁵ El exotismo, como el mito del buen salvaje, participan un poco del mismo "defecto" de visión, por decir así, que consiste en no estar valorando exactamente al otro, sino criticando a la propia sociedad, partiendo de un ideal, de algunos valores. El exotismo europeo que exaltaba a los pueblos primitivos fue una de las formas más características de exotismo y estaba detrás de la visión del indio como buen salvaje. Todorov, *op. cit.*, pp. 305-307.

⁷⁶ *Ibid.*, pp. 393 y 394.

escribir sobre los indígenas mexicanos, fue siempre impersonal. Nunca habló de sus propias emociones, sensaciones, gustos o disgustos por la cultura indígena. En sus escritos no entró nunca su estado de ánimo, a diferencia de Graham Green, quien, por ejemplo, cuando cansado y algo enfermo regresó de un viaje en mula a Palenque, escribió su sensación del país: "Pensé que estaba a punto de desmayarme; me senté en una piedra y miré en torno [...] No me parecía un país donde se pudiera vivir, con ese calor y esa desolación, era un país donde sólo se podía morir, y dejar ruinas tras de sí".⁷⁷ En otra ocasión de desánimo similar, Green escribió que "odiaba México [...] aquí había violencia y opresión, hambre e idolatría, pero uno vivía bajo la sombra de la religión, una religión de Dios o del Diablo".⁷⁸

A diferencia de Gruening, quien nunca reportó haber entrado a un templo y quien juzgó rápidamente a los indígenas y su religión, Green reconoció la complejidad de la religiosidad indígena, asumió su ignorancia sobre ella y sólo se planteó preguntas, sin dar respuestas definitivas. "No siento simpatía por los que se quejan de la riqueza y de la belleza de una iglesia en una región pobre. Por un peso más por semana, realmente, no vale la pena privar a los pobres del descanso y de la quietud que pueden encontrar en esta catedral".⁷⁹ Y también: "En una ciudad tropical, nada puede reemplazar para los usos más mundanos a la iglesia; la iglesia es el único lugar de frescura bajo ese sol vertical, un lugar donde sentarse, un lugar donde los sentidos pueden reposar por un momento, fatigados por la fealdad".⁸⁰

Gruening creía en la evolución, en una forma lineal, unidimensional, con un solo punto de llegada. Lawrence se declaraba incrédulo del evolucionismo, afirmando que le convenía más "la teoría de los aztecas acerca de los soles, es decir, una serie de mundos sucesivamente creados y destruidos"⁸¹. Creía que México y Estados Unidos avanzaban por la misma senda liberal y de progreso cuyo final era la democracia.

⁷⁷ Green, *op. cit.*, p. 171.

⁷⁸ *Ibid.*, p. 228.

⁷⁹ *Ibid.*, p. 45.

⁸⁰ *Ibid.*, p. 149.

⁸¹ *Ibid.*, p. 39.

Lawrence, por su parte, señaló diferencias entre ambos países: "México y los Estados Unidos no están en el mismo barco. Quisiera agregar: ni siquiera flotan en el mismo océano. Dudo de que giren en el mismo cosmos"⁸². Sin embargo, señaló una similitud que Gruening no observó: "[...] los mexicanos son muy norteamericanos en esa preferencia por destruir la vida, antes que dejarla expandir. Y estoy cansado de eso"⁸³.

EPÍLOGO

A partir de la publicación de su libro *Mexico and its heritage*, el autor se desligó de México, en parte también porque terminó el periodo presidencial del presidente Calles. Empezó su carrera política en Estados Unidos. En 1939 fue gobernador de Alaska y, posteriormente, entre 1950 y 1969 fungió como senador por ese estado. En los años sesenta visitó cuatro veces a México, una de ellas en 1961, precisamente como senador, asistiendo a una reunión parlamentaria que tuvo lugar en Guadalajara. Otra vez viajó a México en 1964 para ser condecorado por su libro con el Águila Azteca (máximo reconocimiento mexicano a un extranjero) por el gobierno de Adolfo López Mateos. También en ese año asistió a un congreso de historiadores mexicanos y norteamericanos en Oaxtepec, Morelos.⁸⁴ El 6 de agosto de 1964, se opuso a la resolución del congreso norteamericano que autorizaba el uso de la fuerza en la guerra de Vietnam. La resolución se aprobó casi por unanimidad. Sólo dos senadores disintieron: Wayne Morse de Oregon y Ernest Gruening de Alaska. ☼

⁸² Lawrence, *op. cit.*, p. 28.

⁸³ *Ibid.*, p. 91.

⁸⁴ Meyer, *Ernest Gruening*, p. 39.